

Relatos / ASENSIO SAEZ

El pintor de trampantojos

—¿Usted es el famoso pintor trampantojos, oiga?

—Señor de usted.

—En trance de urgencia le requiero. Pínteme usted, señor pintor de trampantojos, una falsa ventana abierta a un imposible paisaje. Me explico: asfixiada se encuentra hoy mi casa, amordazada por altas paredes de hormigón que, acabadas de fabricar, la circundan inmisericordemente, jugando al corro. Necesito, por tanto, que sus pinceles inventen en mis muros ciegos un horizonte libre, poblado de nubes entradas en carnes, azules recién cortados, tipo manto de Purísima; soles redondos, en fin, que barnicen de miel dorada mi andadura hogareña.

Cuando una serie de antipáticos factores, hasta ayer no previstos —estafermos arquitectónicos, vallas publicitarias, indicadores turísticos, guejetas de la contaminación—, enmascaran el paisaje, acaso sea sólo el pincel el que todavía pueda salvaguardar la simplicidad y pureza del horizonte, lección aprendida por todo pintor de trampantojos, hombre en cierto modo embaucador, pues del engaño vive. Su existencia toda, una copiosa suma de trampas estéticas, a gusto insertada en aquella parcela de la historia del arte denominada precisamente trampantojo, que consiste, como todos sabemos, en hacer ver lo que no es.

Curioso caso es una sociedad desnortada y agresiva en la que sólo lo funcional se valora, ocurría que el pintor de trampantojos

de nuestra historieta obtenía una clamorosa aceptación. Así, su estudio era asidudamente visitado por numerosa clientela, entre la que destacaba la presencia de aquellos nuevos ricos de rocalla y sortijón, los cuales aseguraban enfáticamente haber cenado la noche anterior con Tiépolo. Se adolecían todos de resultar poseedores de lujosas residencias menoscabadas por la vecindad de desangelados edificios, torres de cemento, mastodónticas que se dice. Iban naciendo, de este modo, sobre la desnudez de muchas paredes, el bonito campo de amapolas, la marina con barcas bautizadas con nombre de mujer, la nube embarazada de lluvia...Temas todos ellos descansando indefectiblemente en el más delirante hiperrealismo, condición indispensable al parecer en la ejecución del verdadero trampantojo. Tan fiel a la realidad nuestro pintor, que, según numerosos testimonios veraces, sus trampantojos habían llegado a protagonizar peregrinos eventos, tales como el de haberle brotado una apetitosa variedad de peras a uno de los árboles por él pintados en una sala de estar, salirse de madre uno de sus ríos, tañer la campana de uno de sus pueblos pintados al acrílico...

Lo peor vino luego, con el encargo de la marquesa de San Telmo, empeñada en meter el mar, tan lejos geográficamente de su palacio, en su salón isabelino, bajo las grandes lámparas de tintineantes galletas de cristal. Ni el Murillo ni el Madrazo, ni los can-



delabros de plata, ni los fanales con santas reliquias guarnecidas de flores de tela, ni siquiera la vitrina de los abanicos de nácar pudieron competir, una vez terminado de barnizar, con aquel trampantojo de mar, azuleando de añiles, cobaltos y turquesas, cuyo oleaje acercaba a las visitas un impagable aroma salinero que venía a orear saludablemente el ambiente, purificándolo de ese aire un tanto apollillado de los viejos museos.

Orgullosa de su trampantojo, no contaba la marquesa, empero, con aquellos riesgos que, con el

paso del tiempo, un excesivo hiperrealismo puede provocar. Sucedió así que aquella noche de horrisona tormenta, como tormenta filmada por James Whale, el oleaje del trampantojo, de suyo domesticado y familiar, tomó cuerpo de toro desmandado, levantando en cólera de exterminio oscuras olas gigantes, que, inundando el salón acabaron arrastrando, con su desmelenada ira, vitrinas, cuadros, cortinones de damasco y doradas consolas, precioso material que, ganado por la furia de las aguas, desapareció engullido por la boca de las alcanta-

rillas; toda una lamentable tragedia inesperada que, oportunamente denunciada a los tribunales por la marquesa, llevó al pintor a dar con sus huesos en la cárcel.

Acostumbrado como estaba al aire limpio de los espacios abiertos de su pintura, su encierro constituyó para el pintor el más desgraciado de los hechos. Entre los altos muros de su prisión —¡él, que tantos horizontes de lujo había inventado!—, probó la hiel de la soledad, el vinagre de una lóbrega reclusión, tristemente atado a aquellas cuatro paredes en las que ni siquiera podía contar con el alivio de un trampantojo que llevarse a los ojos.

Apiadado, un influente amigo intervino a favor del pintor, obteniendo el permiso necesario para que éste pudiese llevar a cabo en uno de los muros de su celda uno de sus más bellos trampantojos: ventana confortadora, abierta a un horizonte rabiosamente azul; bonito tema por el que fue felicitado por el propio director de la prisión, el cual, muy atinadamente, comentó en tono confidencial a su ayudante:

—Si el hecho perteneciese a un cuento, necio sería no imaginar, una vez pintado el trampantojo, el final feliz de aquél.

No contaba el buen hombre, sin embargo, que la realidad supera en ocasiones a la literatura, pues a los pocos días al pintor de trampantojo le bastó saltar tan ricamente el alféizar de su falsa ventana para ganar el paisaje y, a campo traviesa, salir al gozoso encuentro de la libertad, una de las más hermosas, lúcidas y consoladoras palabras que los señores gramáticos se dignaron introducir en el diccionario de nuestra lengua.